

«Mi querido amigo. Deseais que yo informe á vuestros lectores acerca de lo que pasó en el año 638 entre el papa Honorio y la Iglesia hispano-gótica, reunida en las personas de sus metropolitanos y obispos en concilio nacional celebrado en Toledo, capital del reino de los visigodos (a).

Accedo voluntariamente á vuestro deseo, por dos razones. En primer

— 104 —

lugar, los acontecimientos de que voy á hablar completamente ignorados hasta fines del último siglo, no son hoy muy conocidos, en Francia por lo ménos, si he de juzgar por nuestros historiadores eclesiásticos, teólogos y polemistas cuyas obras he podido conocer de veinte años á esta parte. A falta de otro mérito, mi escrito tendrá el de la novedad para aquellos que le lean.

Los hechos que voy á narrar, tienen una importancia capital bajo el punto de vista doctrinal. Ellos prueban suficientemente que dos siglos antes de la introduccion de las Falsas Decretales, una de las más grandes y de las más florecientes iglesias del Occidente, hablando por la boca de su Episcopado, compuesto entónces de amigos ó de discípulos de san Isidoro de Sevilla, ese prodigio de ciencia sagrada y profana (1) profesaba la fe más entera en la suprema autoridad de los Pontífices Romanos; en su derecho absoluto de vigilancia y de correccion sobre todas las iglesias particulares; y tambien — mal que pese á Janus Doellinger y á sus escuelas tudescas ó parisienses — en su infalibilidad.

Y notad, os ruego, que esta misma Iglesia de España, si se estudia su organizacion y la marcha ordinaria de su gobierno, es una de las que en el séptimo siglo parecian vivir más alejadas de la influencia y de la autoridad de la Santa Sede Romana. — ¡Fiaos, pues, de las apariencias!

Habiendo ahora de entrar en el fondo mismo de la cuestion, no será inútil el hacer saber de qué manera los hechos de que voy á ocuparme han venido al conocimiento del público.

Hasta el año 1775 todo lo que se sabia acerca de este episodio de la historia de España se reducía á esto: poco despues de un concilio de Toledo, san Braulio escribió á Roma una carta por la que esta ciudad admiró su elocuencia (2). Por lo demas, se ignoraba el objeto de esta

(1) Este gran doctor murió el 4 de Abril de 663.

(2) Huic sanctae synodo,  
Inter ceteros, Braulio,  
Caesar augustanus episcopus claruit;  
Cujus eloquentiam Roma,  
Urbium mater et Domina,  
Postmodum, per epistolare alloquium, satis mirata (fuit?)

Isid. Pacens., *Chron.*, c. 12 (edic. Berganza). — Rodrigo de Toledo, que la cita ordinariamente, no hace otra cosa que copiar la crónica rimada del siglo XVIII.



correspondencia y el nombre del Pontífice á quien iba dirigida, así que nada se sabia al empezar mi carta (1).

Felizmente, en este mismo año, el P. Risco, continuador de la *España Sagrada*, publicó las cartas hasta entónces inéditas de san Braulio de Zaragoza, en virtud de un antiguo manuscrito de la Iglesia de Leon (2). Ahora bien, la vigésima primera de estas cartas dirigidas al papa Honorio, se encontró ser precisamente la que produjo en Roma aquella grande admiracion de que hablan las antiguas crónicas españolas. Y por una dicha aun mayor, en ella se habla del importante asunto que motivó la composicion y su envío, los detalles más precisos y los más circunstanciados.

No podia desear cosa mejor. Así pues, en mi escrito me sujetaré al análisis de este precioso documento; pues, salvo algunas reflexiones, me sostendré en el terreno de simple narrador, ó si os parece mejor, de vulgarizador.

En Enero de 638 y ántes de la clausura del sexto Concilio de Toledo, llegó de Roma á esta ciudad el diácono Turnino portador de una carta ó decretal, dirigida por Honorio á todos los obispos españoles (3).

En esta carta motivada sin ningun género de duda por denuncias enviadas de España, Honorio reprochó vivamente á los prelados de la Península su negligencia en reprimir la herejía, y los comparaba á los *perros mudos*, como dice el profeta. Despues de recomendarles que fuesen en adelante más firmes en la defensa de la fe, más prontos en extirpar los errores, les traza las reglas que deben observar en el castigo de los herejes (4).

Este lenguaje tan severo como imperativo, en el caso de una libertad absoluta en las iglesias particulares, hubiese producido en el seno del Concilio unánimes protestas.

Nada de esto hubo.

(1) Véase Risco, *España sagrada*, XXX, 156, 157.

(2) En el tomo XXX de la *España sagrada*. Apénd. 3.<sup>o</sup>

(3) Nam jam totius Hispaniae atque Narbonensis Galliae episcopi in uno coadunati eramus collegio, quando, Turnino deportante diacono, vestrum nobis est allatum decretum. Epist. S. Braulionis 21.<sup>a</sup> (*Esp. Sagr.* XXX, 348).

(4) «Vestrum nobis est allatum decretum, quo et robustiores pro fide, et alacriores in perfidorum exercitus rescindenda pernicie... Quod a nobis non est hucusque sedatum, dispensative potius quam negligenter aut formidolose vestra noverit Beatitudo peractum... Praecipue tamen illud... *Canes muti non valentes latrare*: ad nos, si Beatitudo vestra dignatur considerare... nullo modo pertinet... Gravissimo examinis pondere Apostolatus vestri elegantia pensitet, utrum debeant quolibet facinore implicati a nobis sententia tam severa percelli, est istos praevagationis naevo maculatos vestra censuit Beatitudo damnari.» (Ep. S. Braulionis si. cit. p. 348, 349, 350, 352).



La respuesta oficial del Sínodo, redactada por Braulio, se distingue por el contrario por el reconocimiento más explícito del derecho soberano de vigilancia y de corrección de que se halla investido sobre la Iglesia universal el obispo de Roma, en su calidad de sucesor de Pedro sobre la Sede de esta ciudad. Cuando reconociendo su solicitud por todas las iglesias é iluminados por las luces de la sana doctrina, escribieron los Padres del Concilio de Toledo al Soberano Pontífice, diciéndole que les proveyese de medios eficaces para la defensa de la Iglesia de Cristo, les contestó: Cuando os armeis con la espada de la divina palabra y con un zelo inspirado de lo alto traspaseis á los insultadores de la túnica del divino Maestro; cuando por vosotros sean diligentemente perseguidos y arrojados de la casa de Dios, que es nuestra Madre, todos los infames prevaricadores y los execrables desertores, llenareis con toda perfección los deberes de vuestro cargo, unidos á la silla donde Dios se ha dignado colocaros (1).

Viniendo á su propio asunto, los Padres de Toledo aprobaron de nuevo, que en reprender á los que creía culpables, Honorio habia cumplido las obligaciones de su cargo... Ellos esperan confiados que el trabajo que se tomó en esta circunstancia le será recompensado en el cielo (2). Los prelados españoles abordan en seguida su justificación, y después de haber demostrado brevemente al Papa que la calumnia sólo habia podido trasformar en negligencia miramientos dictados por la esperanza bien fundada de apresurar empleándolos la conversión de los herejes, terminan su corta apología por estas palabras en las que se encuentra afirmado una vez más todavía, aunque indirectamente, el derecho que tiene el Soberano Pontífice de pedir á los obispos una cuenta exacta de su conducta. «Sin embargo, á fin de que la altura de vuestro apostolado no sea tentada de ver en nuestras palabras vanas excusas, ántes que la franca manifestación de la verdad, hemos creído necesario el enviaros con las actas del presente Concilio, las de los celebrados en los años precedentes (3).»

(1) Optime satis, valdeque congrue cathedrae a Deo vobis collatae munus persolvitis, quum, sancta sollicitudine omnium ecclesiarum, praenitente doctrinae lumine... Ecclesiae Christi digna tutamine providetis, et Dominicae tunicae derisores, divini gladio verbi, et superni telo zeli confoditis, atque Sanctam Domum Dei, matrem nostram, studio vestro vel vigilantia a nefandis praevaricatoribus expurgatis. (Epist. S. Braul. p. 348, *Esp. Sagr.* XXI).

(2) «Quamquam tu, sanctissime, bene officii tui memor, nos pro divino cultu zelare adhortatione sacra mones, etc.» *Id. Ibid.*, p. 350. — «Nec coronae vestrae confidimus infructuosum hunc fore laborem.» *Id. Ibid.*, 349.

(3) «Quod ne apostolatus vestri apex consideret a nobis excusationis, et non veritatis causa de-



A todo lo que precede, el sínodo añade una calorosa exhortacion al papa Honorio, á fin de que continúe desplegando por todas partes y en toda circunstancia, con la ayuda de la fuerza de Dios, que está en él, el mismo celo por la conversion, y la vuelta al seno de la Iglesia de todos los enemigos de la Sede de Cristo; que excite por medio de sus advertencias á las dos partes del mundo cristiano, el Oriente y el Occidente, á que con la ayuda de Dios trabajen con ardor en sofocar la perfidia de los malos (1).

Este lenguaje tan expresivo no necesita comentarios. Ni santo Tomás ni Belarmino han establecido jamás con más fuerza ni con más claridad la soberana autoridad de los Papas en la Iglesia.

Esto no es todo.

Antes de cerrar la carta, los Prelados españoles, queriendo ilustrar á Honorio sobre el secreto de sus calumniadores en Roma, le declaran, que á su parecer, estos miserables aduladores presentándose con mansedumbre encuentran oídos fáciles de escuchar sus falsas acusaciones. Pero, añaden inmediatamente — y sobre estas palabras llamamos vuestra atencion — Dios destroza la boca de la que sale la mentira y la iniquidad; y hé aquí por qué nosotros no creemos que el fraude de la serpiente deje vestigios sobre la Piedra de Pedro fundada sobre la inmutable estabilidad del Señor Jesucristo. Y sin embargo Vuestra Santidad, acordándose de los deberes de su cargo, nos ha dirigido advertencias sobre el celo que se debe desplegar por el adelanto del culto divino; no obstante no podemos persuadirnos que el veneno de una tan perniciosa mentira haya entrado en vuestro corazon (2).

Así: 1.º Los Padres del Concilio, interpretando la célebre promesa de Jesucristo en su sentido natural y obvio la aplican á san Pedro personalmente y á cada uno de sus sucesores. Por ello el Papa reinante es

*promi, retroacta temporum gesta cum actis praesentibus vobis arbitrati sumus necessario esse mittenda.* » *Id. Ibid.*, p. 350.

(1) « Sed tu, Reverendissime virorum, et sanctissime Patrum, iusta, iusta virtute qua in Domino vales... et inimicos crucis Christi... variam quantocius per occasionem transduc in sinum matris Ecclesiae. Utraque pars, Orientis scilicet et Occidentis, voce tua commonita, et divino (*leg.* divinum), praesidio tuo, sibimet inesse sentiat adjutorio (*leg.* adjutorium); et pravorum studeat demoliri perfidiam, etc. » *Id. Ibid.*, p. 351.

(2) « Arbitramur enim putasse falsiloquos, facile aures mansuetudinis vestrae opinioni patere sinistrae... Sed quoniam destruit Deus os loquentium iniqua, ideo figmentum colubri non credimus fuisse vestigium in Petra Petri, quam fundatam esse novimus stabilitate Domini Jesu Christi. Et quamquam tu, Sanctissime, bene officii tui memor, nos pro divino cultu zelare... mones, tamen non credimus tam funesti venenum mendacii in pectoris vestri placiditate locum patulum invenisse. » *Id. Ibid.*, p. 350.



100 —  
la Piedra de Pedro, reposando sólo inmediatamente sobre el Salvador; y por consecuencia es esta piedra viva la que lleva y sostiene el edificio espiritual de la Iglesia.

2.º Estos mismos Padres rehusan creer que Dios, en quien conocen el odio implacable con que mira la mentira y la injusticia, pueda permitir que un simple error sin conexión con el dogma, pero perjudicial al honor del prójimo, tenga acceso hasta esta piedra viviente y sagrada.

Esto probado, ¿no es evidente que estos obispos habrán *à fortiori*, rechazado como absurda y blasfematoria la teoría galicana del error *dogmático*, no solamente resbalándose hasta la Piedra de Pedro, sino estableciéndose y afirmándose osadamente con detrimento irreparable de la Iglesia de Dios?

Sin conocer la palabra, los obispos españoles se adherían firmemente á la doctrina de la infalibilidad pontifical. El sabio y piadoso Episcopado español contemporáneo, que hoy, en la misma Roma, proclama y defiende con admirable unanimidad esta doctrina, puede por consecuencia gloriarse con buen derecho de marchar sobre las huellas de sus más ilustres y más santos predecesores.